

yo soy la planta, tú eres la flor,
yo soy la boca, tú eres la risa,
tú la belleza y yo el amor.

CAT. Cielos! Rodolfo!

ROD. (Saliendo y dejando caer la capa.) Catalina!
Se arrodilla á sus piés.

CAT. Cómo estás aquí, Dios mio? ¡Me muero de placer y de espanto! ¿No sabes, Rodolfo, que entrando aquí aventuras la cabeza?

ROD. Nada me importa. Sin verte hubiera muerto más pronto; prefiero morir despues de haberte visto.

CAT. Sí; has hecho bien en venir: tambien yo me arriesgo, pero te vuelvo á ver y no me importa lo demás. Si paso una hora contigo, aunque se desplome sobre mí el cielo, nada me importa.

ROD. El cielo nos protegerá; todos duermen en palacio y podré salir con tanta seguridad como entré.

CAT. Cómo has podido entrar?

ROD. Me introdujo un hombre á quien salvé la vida... Ya te lo referiré... He entrado sin correr ningun riesgo.

CAT. Entonces estoy tranquila. Ahora mírame bien y déjame que te contemple.

ROD. Catalina!

CAT. No pensemos más que en nosotros mismos. Me encontrarás muy cambiada, porque hace cinco semanas que estoy llorando continuamente. ¿Qué has hecho tú en ese tiempo? Estabas triste? Te afligió nuestra separación? Quiero que me lo digas.

ROD. Catalina, estar separado de tí es tener los ojos cerrados y el corazón vacío, es morir á pausas, es vivir en una cárcel sin luz, ó por mejor decir, no es vivir, es no pensar, es no saber nada. Me preguntas qué he hecho? Lo ignoro; solo sé lo que he sentido.

CAT. Lo mismo me ha sucedido á mí; veo que nuestros corazones no se han separado nunca. He de referirte muchas cosas y no sé por dónde empezar. Me encerraron aquí y nó me dejan salir... ¡He sufrido mucho!... Cuando oí tu voz no supe lo que me pasaba, y por eso no debes admirarte de que no haya saltado á tus brazos ébria de amor. Siéntate aquí como otras veces; hablemos en voz baja... Permanecerás aquí hasta que amanezca... Dafne te proporcionará la salida. Tu presencia me ha quitado el miedo. ¡Qué contenta estoy de volverte á ver! ¿Cómo has descubierto quién soy yo? Cuando has llegado hasta aquí debes saberlo... Dime: podrás volver otras noches?...

ROD. Sí, porque de lo contrario no

podria vivir. Te estoy oyendo enagenado de gozo. Nada temas.

CAT. Nada temo, porque en la vida hay instantes en que nos olvidamos de todo. Los que son tan felices como nosotros no se acuerdan de nada. Cuando estoy separada de tí, solo soy una pobre mujer presa y tú solo eres un pobre proscrito; pero cuando nos juntamos, pueden envidiarnos los ángeles. Rodolfo, no se muere de alegría, porque si no, yo ya estaria muerta. Tengo trastornada la cabeza; acabo de hacerte mil preguntas, y ya no recuerdo una palabra de lo que te he dicho. Te acuerdas tú? Esto es un sueño ó una realidad? ¿Es cierto que estás aquí?

ROD. Catalina mia!

CAT. Calla, no me hables; déjame que recoja las ideas, deja que me recree mirándote, deja que piense que estás aquí. Despues te responderé á todo lo que quieras. Hay momentos, como este, en los que se desea mirar al objeto de nuestro cariño y decirle: Cállate, que te estoy mirando: cállate, que te adoro: cállate, que soy feliz.

RODOLFO se inclina para besarle la mano, y al apartarse ella repara en la carta que hay sobre la mesa.

Qué es eso? Una carta! ¿Quién la ha dejado ahí?

ROD. Sin duda el hombre que me ha acompañado.

CAT. El hombre que vino contigo? Veamos qué significa esta carta. (La abre y lee.) "Hay personas que solo se embriagan con vino de Chipre; pero tambien las hay que se vengán terriblemente. El esbirro que ama es un sér insignificante, pero el esbirro que se venga es un hombre terrible."

ROD. Qué significa esto?

CAT. Conozco la letra; es del infame que se atrevió á amarme, que se atrevió á declarármeme y á presentarse un día en mi casa estando yo en Venecia, y yo le hice echar á la calle. Es de un hombre que se llama Homodei.

ROD. Conozco á Homodei.

CAT. Es un espía del Consejo de los Diez.

ROD. Cielos!

CAT. Estamos perdidos! Hemos caido en el lazo que nos tendió. (Se asoma al balcon y mira.) Oh Dios!

ROD. Qué es eso?

CAT. Apaga esa luz, aprisa.

ROD. (Apagando la luz.) Qué es eso?

CAT. En la galería que cae sobre el puente del Molino...

ROD. Qué?

CAT. Acabo de ver aparecer y desaparecer una luz.

ROD. ¡Soy un miserable que he causado tu perdicion!

CAT. Yo me hubiera aventurado á buscarte como me has buscado tú.

Aplicando el oido á la puerta pequeña del fondo.

Silencio. Escuchemos. Me parece que oigo ruido en el corredor... Abren una puerta... Oigo pasos... ¿Por dónde entraste?

ROD. Por una puerta secreta que ese demonio volvió á cerrar.

CAT. Qué haremos?

ROD. Esta puerta...

CAT. Dá al dormitorio de mi esposo.

ROD. El balcon...

CAT. Dá á un precipicio.

ROD. Esta otra puerta...

CAT. Es la de mi oratorio, que no tiene salida. ¡No puedes huir por ninguna parte!... Pero entra en el oratorio. (Abre dicha puerta y RODOLFO se vá por ella precipitadamente; en seguida la cierra.) La cerraré con llave. (Así lo hace y se guarda la llave en el pecho.) Más vale que se quede aquí. Si saliese querría auxiliarme y se perderia. (Se acerca á la pequeña puerta del foro.) Oigo pasos que se acercan... Ahora se paran... Estarán escuchando. ¡Dios mio, protegedme! Fingiré que estoy durmiendo. (Se quita la ropa de encima y se acuesta.) ¡Estoy temblando! Ponen una llave en la cerradura... No quiero ver al que entre.

Corre las cortinas de la cama y abren la puerta.

ESCENA V.

CATALINA Y LA TISBE.

Entra LA TISBE con una lámpara en la mano. Adelanta lentamente mirando á su alrededor. Al llegar á la mesa examina la luz que acaban de apagar.

TISBE. Esta luz aun humea. (Se vuelve, vé la cama y corre las cortinas.) Está sola y finge dormir. (Recorre la cámara y examina las puertas y la pared.) Esta es la puerta que dá al dormitorio del podestá. (Tanteando encuentra la puerta del oratorio que oculta el tapiz.) Aquí hay otra puerta.

CAT. (Incorporándose y mirando estupefacta lo que hace LA TISBE.) Quién está ahí?

TISBE. Voy á deciros quién está aquí. La favorita del podestá, que tiene en su poder á la esposa.

CAT. Cielos!

TISBE. Soy una cómica, una mujer de teatro, que tiene en su poder, como acabo de deciroslo, á una gran señora, á una mujer casada y respetable, á una mujer que pasa por virtuosa, y puede hacer lo que le plazca de esta gran dama y de su virtud de oropel. No sé lo

TOMO III.

que sucederá, pero tengo á mis piés á una señorona y no la soltaré, y más la valdria que un rayo la hiciera cenizas que yo fije mis ojos en los suyos. ¿Cómo os atreveis á mirarme cara á cara, cuando teneis en vuestra cámara encerrado un amante?

CAT. Señora!

TISBE. Lo teneis escondido.

CAT. Os engañais.

TISBE. No me lo negueis: aquí estaba hace poco; así lo indican esos dos sillones... debierais haberlos dejado en su lugar. Y os diriais frases cariñosas, como yo te amo, yo te adoro...

CAT. No sé á qué viene todo eso...

TISBE. Vosotras las mujeres nobles no valeis más que nosotras; lo que nosotras decimos á un hombre sin rebozo en pleno día, vosotras se lo decís vergonzosamente por la noche. Nosotras nos atraemos á vuestros esposos, y vosotras nos robais nuestros amantes. Ya que estamos empeñadas en esta lucha, luchemos. Vosotras sois más hipócritas y más falsas que nosotras; porque nosotras no engañamos nunca y vosotras engañais al mundo, á la familia, al esposo, y si pudiérais engañarais á Dios; pero todo eso nada me importa. Soy la querida del podestá y vos la esposa, y yo quiero perderos.

CAT. Por Dios, señora!

TISBE. Dónde está?

CAT. Quién?

TISBE. Él.

CAT. Estoy sola aquí, enteramente sola; no sé por quién me preguntais. Aunque no os conozco, vuestras palabras me llenan de terror; no sé en qué haya podido ofenderos, ni supongo que tengais interés alguno en todo esto.

TISBE. Pues tengo mucho interés, no lo dudeis. ¡Son singulares las mujeres virtuosas! ¿Os hablaría como os hablo si la rabia no me despedazara el corazón? Nada me importa que seais una alta dama y que yo sea una cómica; eso me es igual, porque soy tan hermosa como vos. Estoy rabiosa y os insulto. Dónde está ese hombre? Quiero verle. Cuando pienso que os fingiais dormida!

CAT. (Qué vá á ser de mí, Dios mio!) Si supierais...

TISBE. Lo que sé es que aquí hay una puerta, y estoy segura de que él está ahí dentro.

CAT. Es mi oratorio, señora, os lo aseguro. Os han engañado. Yo aquí vivo sola, retirada y presa, y en mi oratorio no se encuentra más que el recl-

natorio y el devocionario: no hay aquí ningún hombre.

TISBE. Sin duda estais trastornada cuando me hablais así, y el miedo que teneis denuncia vuestro delito. Ni aun me replicais con firmeza. Vamos, levantaos, encolerizaos si os atreveis, pero no os hagais la inocente. (De pronto vé la capa que se quedó en el suelo, cerca del balcon. Vá y la recoge.) Señora, de quién es esta capa?...

CAT. Cielos!

TISBE. Por una capa no se puede reconocer á su dueño, porque todas las capas se parecen. Decidme pues, ¿cómo se llama ese hombre?

CAT. No os comprendo.

TISBE. Pues ya que no me lo que- reis decir, abridme un momento el oratorio.

CAT. Para qué?

TISBE. Porque quiero rezar.

CAT. He perdido la llave.

TISBE. Abrid pronto.

CAT. Ya os dije que es imposible, que no tengo la llave.

TISBE. Puede que la tenga vuestro marido. Monseñor Angelo!

Quiere dirigirse á la puerta del fondo. CATALINA la detiene y se interpone.

CAT. No os dejaré llegar hasta esta puerta; ningún daño os he hecho y no sé por qué os quejais de mí... no sé por qué quereis perderme. Esperad un momento y os desengañareis cuando yo os lo explique todo. Desde que entrásteis estoy tan estremecida y atemorizada, que ni sé lo que me habeis hablado, ni he comprendido la mayor parte de vuestras palabras. Solo he comprendido que habeis dicho que sois una cómica y yo soy una gran dama, pero creedme, aquí no hay nadie más que yo. No me habeis hablado del esbirro, que es el culpable de todo esto, que es un malvado que os engaña, que es un espía. No debe creerse á los espías. Oidme un solo instante; sois demasiado hermosa para tener mal corazón, y si os dijera quién es ese perverso, quién es ese espía, luego tendríais remordimientos de haber sido causa de mi muerte. No despertéis á mi esposo, porque me mataría. Compadecedme, que soy muy desgraciada. Retiraos de aquí; yo os lo suplico.

TISBE. Es inútil que me lo supliqueis, porque nada oigo. ¡Monseñor, monseñor!

Gritando.

CAT. Ya que os empeñais en que muera, concededme siquiera unos ins-

tantes para pedir á Dios misericordia. Dejadme que me postre ante ese Señor crucificado.

Señala el crucifijo, que TISBE mira con atencion.

Orad también conmigo, y si despues de rezar os empeñais en que muera, si Dios no ahuyenta de vos ese mal pensamiento, haced de mí lo que querais.

TISBE. (Se arroja al crucifijo y lo quita de la pared.) Cómo está aquí este crucifijo? ¿Cómo lo habeis adquirido? Quién os lo dió?

CAT. De nada os servirá saberlo.

TISBE. Decidme al instante cómo es que está en vuestro poder.

La luz habrá quedado en el velador inmediato al balcon. TISBE se acerca á ella y examina el crucifijo. CATALINA la sigue.

CAT. Me lo regaló una mujer; al pié de la cruz está grabado su nombre: dice TISBE, pero yo no la conozco. Era una pobre mujer que querian matar; pedí su indulto á mi padre, y mi padre me lo concedió. Esa mujer era de Brescia, y yo entonces era una niña. Compadeceos de mí y no me perdais. Entonces aquella mujer me regaló el crucifijo, diciéndome que lo guardase, que me traeria felicidad. Esto no os importa, pero os lo digo porque os habeis empeñado en saberlo.

TISBE. (Cielos! ¡El crucifijo de mi madre!)

Se abre la puerta del fondo y aparece ANGELO.

CAT. (Llegándose hasta el proscenio.) ¡Mi esposo! Estoy perdida!

ESCENA VI.

CATALINA, TISBE y ANGELO.

ANGELO. (Sin ver á TISBE, que permanece junto al balcon.) Qué sucede aquí, señora? ¡He oido ruido en vuestro aposento!

CAT. Señor...

ANGELO. ¿Por qué no estais acostada á estas horas?

CAT. Porque...

ANGELO. Estais temblando! Aquí ha entrado alguno.

TISBE. (Acercándose.) Yo, monseñor.

ANGELO. Vos aquí, Tisbe!

TISBE. Sí, yo.

ANGELO. A media noche! ¿Cómo habeis podido penetrar en esta cámara y...?

TISBE. Vais á saberlo. Voy á explicároslo... no os sobresalteis.

CAT. (Soy perdida!)

TISBE. Os lo diré en pocas palabras; supe que debian asesinaros mañana por la mañana.

JORNADA TERCERA.

El blanco por el negro.

CUADRO PRIMERO

Interior de una casucha; algunos muebles rústicos. Una cesta de junco á medio hacer en un rincon. En el fondo una puerta. En el ángulo de la izquierda una ventana medio cerrada; á la misma parte otra ventana más larga cerrada completamente. A la otra parte una puerta y una chimenea alta que ocupa la esquina de la derecha. Al lado de la ventana grandes cuerdas, cañizos de mimbres colocados en la pared y un monton de piedras grandes.

ESCENA PRIMERA.

HOMODEI y ORDELAFO.

ORDELAFO. Mira, Homodei, por esta ventana. El rio pasa por debajo. Cada vez que el podestá quiere deshacerse de alguno, le traen aquí muerto ó vivo, le atan en un cañizo de mimbres, le ponen cuatro piedras en los extremos y despues lo arrojan por la ventana; el rio se encarga de lo demás. En Venecia teneis el canal Orfano y en Pádua tenemos el rio Brenta. No conocias tú esta casa?

HOM. Soy recién venido á esta ciudad y no conozco aun todas sus costumbres. Esta casa está bien situada para lo que yo deseo; está situada en un lugar desierto y en el camino que ha de seguir Reginella al volver de palacio.

ORD. Quién es Reginella?

HOM. No quiero que me preguntes, sino que me respondas. ¿Quién habita esta casa?

ORD. Dos especies de perros con rostro humano; el uno se llama Orfeo y el otro Gaboardo. En seguida entrarán.

HOM. ¿Qué hacen aquí esos dos hombres?

ORD. Las ejecuciones que se verifican de noche; se ocupan en que desaparezcan los cuerpos muertos. Me decias antes que ese asunto no te habia salido bien.

HOM. Sí.

ORD. Fué una locura dejar allí dentro una mujer.

HOM. No sabes lo que te dices. Cuando se medita el modo de matar á alguno, el mejor cuchillo que se puede empuñar son los celos de una mujer, porque ordinariamente las mujeres se vengán. No

ANGELO. A mí!

TISBE. Sí, cuando saliérais de palacio para ir á mi casa, solo, como acostumbraís. Recibí el aviso esta misma noche y no he sosegado hasta venir á advertirselo á vuestra señora, para que mañana no os dejara salir de palacio. Ya veis por qué he venido aquí á estas horas y por qué tiembla vuestra esposa.

CAT. (¡Quién será esta mujer misteriosa!)

ANGELO. En lo posible cabe, y no me admira; ya veis que tenia razon cuando os describia los peligros que me rodean. Quién os dió el aviso?

TISBE. Un desconocido, que me exigió la palabra de dejarle huir y que se la cumplí.

ANGELO. Mal hecho: debisteis hacerle la promesa y mandarle prender. ¿Cómo pudisteis entrar en palacio?

TISBE. Con la llave que vos me disteis.

ANGELO. Pero yo no os dije que la llave abriese esta habitacion.

TISBE. Vaya! Es que no lo recordais.

ANGELO. Y esa capa de quién es?

TISBE. Es la que me prestó el desconocido para entrar en palacio; también me dió su sombrero, y por cierto que no sé donde lo he dejado.

ANGELO. Es triste pensar que hay hombres desconocidos que entran en mi casa cuando se les antoja! Decidme Tisbe...

TISBE. Monseñor, dejad las preguntas para mañana; esta noche debeis daros por satisfecho con que os hayamos salvado la vida, y debíais darnos las gracias á vuestra esposa y á mí.

ANGELO. Perdonadme, Tisbe.

TISBE. A la puerta me está aguardando mi litera. ¿Quereis darme la mano hasta llegar allí? Así dejaremos dormir á vuestra esposa.

ANGELO. Estoy á vuestra disposicion; pasaremos por mi cuarto y tomaré la espada. (Asomándose á la puerta del fondo.) Hola! Luces!

TISBE. (Haced que salga en seguida por donde yo he venido. Ahí teneis la llave.)

Aparte á CATALINA, que le entrega la llave.

ANGELO. Cuando querais, señora.

TISBE. (Si pudiera verlo salir! ¡Es imposible!) Vamos, monseñor.

CAT. (Viéndolos salir.) Es esto un sueño?

puedo comprender cómo esa ha obrado de otra manera. Que no me digan ya nunca que las cómicas sirven para dar una puñalada; no hacen tragedias más que en el teatro.

ORD. Si yo hubiera estado en tu sitio me hubiera dirigido al podestá y le hubiera dicho: Vuestra mujer...

HOM. En mi sitio tú no te hubieras dirigido al podestá, ni le hubieras dicho *vuestra mujer*.... porque sabes, tan bien como yo, que el ilustre Consejo de los Diez nos prohíbe á tí y á mí, á todos, tener relacion alguna con el podestá, hasta el dia que nos encarguen prenderle. Sabes tambien que no puedo hablar ni escribir al podestá bajo pena de muerte, y que me están vigilando... y quizás seas tú el que me vigile.

ORD. Nosotros somos amigos, Homodei.

HOM. Razon de más para que no me fie de tí.

ORD. Pues me parece que no tienes ningun motivo.

HOM. Ninguno; lo digo porque me has hecho preguntas tontas, y por nada más. Estoy de mal humor. Estrechémonos las manos.

ORD. ¿De modo que renuncias á vengarte?

HOM. Antes renunciaria á la vida. Tú no sabes lo que es amar á una mujer y que ésta te humille, y que te arroje de su casa, y que te llame espía, cuando eres espía; entonces el amor que se siente por esa mujer se cambia en aborrecimiento, viene á ser un amor que odia; viene á ser una pasion terrible y ardiente, cuya sed solo aplaca la copa de la venganza. Me vengaré de esa mujer, la arrastraré por los piés hasta el sepulcro.

ORD. ¿Cómo lo conseguirás despues que ha fracasado tu plan?

HOM. Ya he concebido otro.

Vá á la ventana del fondo y llama á ORDELAFO.

Ven aquí, que necesito que me ayudes. ¿Ves allá bajo una mujer cubierta con manto rojo, que se dirige hácia nosotros?

ORD. Sí.

HOM. Pues sal con disimulo, y cuando estés cerca de ella, la dejas pasar y la sigues sin que lo note. Cuando esté cerca de la casa, la lanzarás bruscamente contra la puerta, que al salir dejarás entornada, y yo te ayudaré á hacerla entrar en la casa. Lo demás queda á mi cargo.

ORD. Lo haré así.

HOM. (Asomándose.) Hay completa sole-

dad, no pasa nadie; si grita, que grite. Sal.

Váse ORDELAFO.

Verdaderamente esta casa está muy bien situada.

Ruido de pasos á la puerta; se abre y aparece REGINELLA, amordazada con un pañuelo, y ORDELAFO la empuja dentro de la casa.

ESCENA II.

HOMODEI, ORDELAFO y REGINELLA.

ORD. La he amordazado por precaucion.

HOM. (Quitándole el pañuelo.) Has hecho bien.

REG. (Asustada.) Qué quereis de mí, señores?

HOM. No te asustes; tranquilízate y respóndeme. Conociéndome, no me debes tener miedo. Ya sabes que anoche hablé contigo y que no te hice ningun daño. Sé que te llamas Reginella y que acompañabas al señor Rodolfo á las citas que le daba tu señora en el antiguo palacio Magaruffi. Esta mañana, hace una hora, Rodolfo te ha encontrado cerca del puente de Altima, cerca de aquí, y te ha entregado una carta para tu señora.

REG. Es verdad.

HOM. Dame esa carta.

REG. Tomad. (Se la dá.)

HOM. Bien. (Abre la carta.)

REG. ¡Habeis roto el sobre, monseñor!

HOM. No sé por qué me llamas monseñor, sabiendo que soy un espía. El miedo te hace adulatora. (Lee la carta para sí.) Con esto basta. Lástima es que no haya firmado. Necesitaré encontrar un medio de que sepa su nombre el podestá.

Se oye el ruido de una llave que meten en una cerradura. Entra un hombre vestido de gris y con la faz terrosa.

Quién es ese hombre?

ORD. Es uno de los dos perros de que antes te hablé; se llama Orfeo; el otro no tardará en venir. Como velan de noche, duermen de dia. (El hombre se aproxima á HOMODEI y le mira con aire feroz.) Dáte á conocer. (HOMODEI se entreaire el jubon, y al ver las tres letras que ya sabemos, el desconocido se lleva la mano á la gorra.) Vete á dormir.

El desconocido se retira á un rincon sin decir una palabra.

HOM. Tiene otra salida la casa?

ORD. Sí; por allá se sale á la calle de Escalona.

HOM. Sal, pues, por allí con esta mujer y pásala durante mucho tiempo.

Se van ORDELAFO y REGINELLA por la indicada puerta.

HOM. (He conseguido dar un gran

paso; pero ignoro cómo hacer llegar á manos de Angelo Malipieri esta carta, ni cómo hacer que sepa que es Rodolfo el amante de Catalina. Mientras consigo eso, no debo llevarla encima. ¿Dónde podré guardarla que esté segura? (Viendo una mesa que tiene un cajon.) En este cajon que se puede cerrar; bien está ahí. (Mete la llave en el cajon, cierra y la quita.) Orfeo! (El desconocido se acerca.) Voy á salir. A la noche estad en vela tú y tu compañero, porque es posible que tengais que hacer que desaparezca una muerta.

ORFEO. Velaremos.

Se vuelve al rincon.

HOM. (Si pudiera escribir ó hablar al podestá, mi venganza era segura; pero esto lo tengo prohibido.)

RODOLFO se asoma, mirando por la ventana del fondo.

ROD. (Aquel hombre que está de espaldas se le parece mucho... no me equivoco... es él!... ¡es el miserable Homodei, que está ahí!)

HOM. (Es preciso que encuentre el medio de prevenir al podestá.)

Sale por la puerta del fondo, que se cierra tras él. Ruido de voces fuera.

VOZ 1.^a Defiéndete, miserable!

VOZ 2.^a Pero qué es lo que quereis?

VOZ 1.^a Que te defiendas.

VOZ 2.^a Señor Rodolfo!

VOZ 1.^a Si no te defiendes, te mato como á un perro.

Se oye choque de espadas.

ORFEO. Me parece que fuera matan á alguno.

VOZ 2.^a Ah!...

VOZ 1.^a Ya que me debes la vida, Homodei, págamela.

VOZ 2.^a Ah!... (Cesa el ruido; se oyen pasos de alguno que se aleja.)

ORFEO. Me parece que han muerto á alguno. (Dan golpes violentos á la puerta.) Quién es?

UNA VOZ FUERA. Soy yo; abre.

ORFEO. Voy á abrirte, Gaboardo.

Abre y entra GABOARDO, conduciendo á HOMODEI, cuyas piernas van arrastrando por el suelo.

ESCENA III.

ORFEO, GABOARDO y HOMODEI.

ORFEO. Este es el hombre que estaba aquí antes.

GABOARDO. Le ha muerto un jóven gentil-hombre, que huia cuando yo llegué.

ORFEO. Pero está muerto?

GAB. Me parece que sí.

ORFEO. Dale una sacudida. Casi no le sale sangre de la herida.

GAB. Eso no importa.

HOM. (Abriendo los ojos.) Dónde estoy? ¡Me ahogo!... Ah! Eres tú, Orfeo...? ¿Y éste será tu compañero?... Tomad la bolsa que llevo en la faltriguera; para vosotros.

ORFEO le registra.

GAB. (A ORFEO.) No te tomes ese trabajo, que yo ya se la he quitado.

HOM. Parece que eres muy listo, y ya que tienes mi dinero, voy á explicarte lo que vas á hacer. En mi bolsillo encontrarás una llave... tómala... es la llave de ese cajon que vas á abrir... Cómo te llamas?

GAB. Gaboardo.

HOM. Pues, Gaboardo, abre el cajon. Encontrarás allí una carta... tráemela.

GABOARDO abre el cajon, saca la carta y se la entrega.

Hay que entregar esta carta al podestá... me muerdo!... ¿teneis aquí algo para poder escribir?

ORFEO. Qué es escribir?

GAB. No tenemos nada para escribir.

HOM. Ah! (Cae al suelo y luego se incorpora.) Escúchame bien, Gaboardo. Irás á ver al podestá, le entregarás esa carta y él te dará cien cequies de oro. Le dirás que la carta se dirige á su mujer, que su mujer tiene un amante que se llama Rodolfo... Me estoy ahogando! Retén bien ese nombre, Rodolfo... Moriré... pero moriré vengándome. Se llama Rodolfo. ¿Lo has comprendido bien? Repítame ese nombre.

GAB. ¿Decís que me dará cien cequies de oro?

HOM. No, no es eso. Sostenme la cabeza, que aun tengo que hablarte... Escúchame bien... No te dará los cien cequies de oro el podestá si no le dices... Me ahogo!... que su mujer tiene un amante... que le escribe... y que se llama Rodolfo... lo oyes?... Rod... Rod...olfo... Cae muerto.

GAB. Ya ha acabado de respirar. Me voy á casa del podestá á ver si me entrega los cien cequies de oro. Aquí tengo la carta. ¿No es verdad, Orfeo, que me ha dicho que su mujer tiene un amante que le ha escrito una carta y que se llama... cómo ha dicho que se llama?

ORFEO. Ha dicho que se llama Rodrigo.

GAB. No, ha dicho que se llama Pandolfo.

CUADRO SEGUNDO

La cámara de CATALINA; están corridas las cortinas de la cama.

ESCENA PRIMERA.

ANGELO, el DEAN y el ARCIPRESTE.

ANGELO. (Al DEAN.) Señor Dean de San Antonio de Pádua, disponed que cubran inmediatamente de negro la nave, el coro y el altar mayor de vuestra iglesia. Dentro de dos horas celebrad un oficio solemne por el reposo del alma de una persona ilustre que estará muriendo entonces. Oficiareis vos mismo con la asistencia de todo el cabildo. Mandad que se descubra la urna del cuerpo del Santo y que enciendan trescientas hachas de cera blanca como para el funeral de una reina; deseo que concurren seiscientos pobres, y dareis á cada uno un ducado de plata y un cequí de oro. El paño de la tumba no ha de llevar más adorno que las armas de los Malipieri y las de los Bragadini: el escudo de los Malipieri lleva en campo de oro una garra de águila, y el de los Bragadini tiene una faja de azur y de plata, con cruz roja.

DEAN. Magnífico podestá...

ANGELO. Se me olvidaba... Hareis venir á todo el clero, con cruz y ciriales, y bajareis al panteon de este palacio ducal donde fueron sepultados los romanos. Allí vereis una caja vacía y una sepultura abierta; bendicidla. No perdais el tiempo, y orad tambien por mí.

DEAN. ¿Se trata, monseñor, de alguno de vuestra familia?

ANGELO. Idos.

El DEAN se inclina profundamente y se vá por el fondo; el ARCIPRESTE quiere seguirle, pero ANGELO le detiene.

Quedaos, señor Arcipreste, que os necesito. Aquí cerca, en ese oratorio, hay una persona que vais á confesar ahora mismo.

ARCIPRESTE. ¿Algun hombre sentenciado á muerte?

ANGELO. No, una mujer.

ARC. ¿La he de preparar á bien morir?

ANGELO. Sí; voy á introducirlos en el oratorio.

UN UJIER. Ha llegado la señora que monseñor mandó llamar.

ANGELO. Que entre y que me espere aquí un momento.

Váse el UJIER.

Señor Arcipreste, perdereis la vida si cuando salgais de aquí decís á alguno el nombre de la mujer que vais á confesar.

Entran ambos en el oratorio; se abre la puerta del foro y el UJIER introduce á LA TISBE.

EL UJIER. Esperad aquí á monseñor. Váse.

ESCENA II.

LA TISBE sola.

¿Para qué me habrá mandado llamar el podestá? Estoy en la misma cámara que anoche, pero hoy tiene este palacio aspecto sombrío. Me causa conmocion ver de dia esa puerta y pensar que cerraria á Rodolfo. Pero... ¿tengo acaso la seguridad de que fuera él? No he vuelto á ver al espía. Si fuera él, seria hombre perdido, porque le denunciaria al podestá, por vengarme de esta mujer. Pero no... primero me mataria. Segura de haber perdido el amor de Rodolfo, de que me habia engañado, de que amaba á otra, para qué querria vivir?

ESCENA III.

LA TISBE y ANGELO.

TISBE. Me llamásteis, monseñor?

ANGELO. Sí, Tisbe; tengo que hablaros de cosas muy graves. Ya os lo dije; en mi azarosa existencia no hay dia que no me armen un lazo ó me preparen una traicion; no hay dia que no me vea expuesto á recibir una puñalada ó á tener que darla; en una palabra, Tisbe, mi mujer tiene un amante.

TISBE. Cómo se llama?

ANGELO. Estaba con ella en ese cuarto anoche, cuando nos vimos aquí.

TISBE. Cómo se llama?

ANGELO. Ved cómo lo he descubierto: uno de los espías del Consejo de los Diez ha sido encontrado esta mañana cosido á puñaladas en la orilla del agua cerca del puente de Alfiña. Mis dos vigías nocturnos dieron con él, sin poder saber si la referida muerte ocurrió en desafío ó en emboscada, pues por desgracia el esbirro pudo pronunciar pocas palabras. A pesar de estar moribundo, conservó bastante serenidad para entregar á los vigías una carta que acababa de interceptar, encargándoles que la pusieran en mis manos. Me la dieron, y ví que era una carta escrita á mi mujer por su amante.

TISBE. Cómo se llama?

ANGELO. No puedo decíroslo, porque la carta no tiene firma, y dudo de quién sea. El espía asesinado se lo dijo á los vigías, pero estos imbéciles no han podido recordar bien su nombre; uno de ellos me dijo que se llamaba Rodrigo y el otro Pandolfo.

TISBE. Teneis ahí la carta?

ANGELO. Sí; precisamente os hice venir para enseñárosla y para ver si por casualidad conoceis la letra. (Saca la carta.)

TISBE. A ver.

ANGELO. (Arrollando la carta entre las manos.) ¡Mi agitacion es horrible, Tisbe! Sé que hay un hombre que se ha atrevido á poner los ojos en la esposa de un Malipieri, que se ha atrevido á echar una mancha en el Libro de Oro de Venecia, en la línea donde está escrito mi nombre; un hombre que estuvo anoche aquí, en esta cámara, un miserable que ha escrito esta carta!... ¡Y ese hombre no caerá en mi poder, y no lavaré mi infamia con su sangre! Por conocer al que ha escrito esta carta daria la espada de mi padre y diez años de vida.

TISBE. Permitidme que la vea.

ANGELO. Tomadla. (Se la dá.)

TISBE. (Es de Rodolfo!)

ANGELO. Conoceis la letra?

TISBE. Dejádmela leer. (Lee.) "Mi amada Catalina: Ya ves que Dios nos favorece. Por un milagro nos hemos salvado de tu esposo y de aquella mujer. (¡De aquella mujer!) Yo te amo, Catalina, y eres la única mujer que he amado en mi vida. No temas por mí, que estoy libre de todo riesgo."

ANGELO. Conoceis la letra?

TISBE. (Devolviéndole la carta.) No, monseñor.

ANGELO. Debe haberla escrito algun hombre recién venido á Pádua, y su lenguaje denota que es un amor antiguo. Haré que registren toda la ciudad para que no se escape. ¿Qué me aconsejais, Tisbe?

TISBE. Que le busqueis.

ANGELO. Dí orden de que nadie entre hoy en palacio, exceptuándoos á vos y á vuestro hermano, por si me necesitais. Entre tanto tengo en mis manos la mitad de la venganza y la voy á realizar.

TISBE. De qué modo?

ANGELO. Acabando con la mujer.

TISBE. Con vuestra esposa?

ANGELO. Todo lo tengo ya preparado, y no pasará una hora sin que sea decapitada Catalina Bragadini.

TISBE. Decapitada!

ANGELO. Y aquí mismo.

TISBE. En esta cámara?

ANGELO. Sí; la mancha que ha caido en mi lecho lo convierte en sepulcro. Esa mujer ha de morir; y tan imperturbablemente lo he decidido, que es irrevocable mi resolucion. Como no estoy colérico, será inútil que me supliqueis. Mi mejor amigo, si yo le tuviese, que intercediera por ella, me inspiraria desconfianza. Podéis hablarme de esto si quereis, porque no me afecta. Por otra parte, Tisbe, aborrezco á esa mujer, con la que me casé por conveniencias de familia, porque siempre en mi presencia la he visto triste y descontenta y nunca me ha dado sucesion. El ódio es inherente á mi familia, á mi sangre y á mis tradiciones; los Malipieri tienen necesidad de aborrecer á alguno. Tal vez yo valga menos que ella, pero ella morirá. Es necesario y está resuelto.

TISBE. Acaso la serenísima señoría de Venecia no os lo permita.

ANGELO. No me permite perdonar, pero soy dueño de castigar siempre que quiera.

TISBE. Pero la familia Bragadini, los parientes de vuestra mujer...

ANGELO. Me darán las gracias.

TISBE. Comprendo que vuestra resolucion es irrevocable; pero ya que nada se ha traslucido hasta ahora, ya que se ignora el nombre de su amante, ¿no podríais evitarla el suplicio, dejar de manchar de sangre el palacio, evitar la censura pública y las murmuraciones del pueblo? El verdugo es un testigo que sobra en este caso.

ANGELO. Mejor seria que tomase un veneno activo, pero no poseo ningun veneno.

TISBE. Yo tengo uno.

ANGELO. Dónde?

TISBE. En mi casa.

ANGELO. Qué veneno es?

TISBE. El de Malaspina. Recordareis que os referí que me lo regaló dentro de una caja el primiciero de San Marcos.

ANGELO. Ahora lo recuerdo. Es un veneno seguro y rápido, y me habeis aconsejado prudentemente que este secreto no salga de nosotros. Ya veis que deposito en vos toda mi confianza, y podeis comprender que la accion á que me veo obligado es legitima y que cualquiera obraria lo mismo en mi lugar. Su pronta ejecucion y su secreto nos interesan á esa mujer y á mí; espero que me ayudareis, porque os necesito y os lo suplico.

TISBE. Os ayudaré.